

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Alexandre Coello de la Rosa, *Historia y ficción. La escritura de la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1578-1557)*. Valencia: Universitat de Valencia 2012. 170 páginas.

Leyendo este título, el lector se sorprende por la equivocación, ciertamente involuntaria, acerca de la fecha de nacimiento del famoso cronista de las Indias, correcta en el interior del libro, aunque su atención es seguramente solicitada por la espléndida mujer desnuda que ilustra la tapa del volumen. Es una amazona herida, obra de Franz von Stuck, presente en el Museo Van Gogh de Ámsterdam, dibujo que poco tiene que ver con la seriedad del estudio del profesor Coello, de la Universidad de Valencia, a pesar de que en el capítulo final de su libro trate de las amazonas. Los editores pensarían, probablemente, que dicha ilustración, llamaría la atención de los posibles clientes.

Dicho esto, que no representa una *pruderie*, sino la reacción de un lector acostumbrado a la seriedad de las presentaciones de libros dedicados a materias históricas, hay que subrayar que el contenido del libro del profesor Coello de la Rosa es de particular interés y presenta el fruto de una seria investigación acerca de Oviedo y su *Historia*, centrada en los elementos histórico-ficcionales en los que abunda, orientados aquí especialmente a la presentación de figuras emblemáticas del descubrimiento y de la conquista de las llamadas Indias: héroes, gigantes patagones y amazonas.

El autor demuestra, desde la introducción a su estudio, la amplitud de sus conocimientos, no solamente de la obra de Oviedo, sino de la numerosa bibliografía crítica que se ha ido acumulando a lo largo del tiempo, especialmente en el siglo

xx, acerca del cronista y su obra. Esto se destaca también en los ensayos, donde las referencias a “autoridades” resultan de tal abundancia que da a veces la impresión de que el autor, por compartirlas plenamente, acalla su interpretación personal. El sinfín de notas que acompaña cada estudio es, sin embargo, de gran utilidad en cuanto a referencias críticas, aclaraciones importantes de pasajes, autores y textos.

El volumen reúne cuatro ensayos, cada uno de los cuales ya fue publicado en ocasiones anteriores. De ello proceden ciertas repeticiones programáticas iniciales, que pronto superan la originalidad del discurso crítico. En sí el libro constituye un original aporte a la interpretación de la *Historia* de Oviedo desde el punto de vista histórico y ficcional y contribuye a llamar la atención del lector sobre un texto de difícil lectura, por su extensión y por estar dedicado a tiempos generalmente abocados al olvido después de la celebración del V Centenario del Descubrimiento, y sin embargo siempre vigentes y fundamentales para quienes se interesan no solamente en la historia de América, sino en el nacimiento de su literatura ficcional.

Que Oviedo encarnara una idea imperial y cristiana del mundo, como afirma Coello, es indudable. Su formación cultural era ciertamente amplia, iba de la literatura griega a la latina, a la italiana, y su culto por el héroe cristiano tiene un desarrollo particular en la primera parte de la *Historia*, como demuestra el autor del libro que aquí se reseña. El Nuevo Mundo se llenó de héroes, según Oviedo, a partir del primer almirante Colón, y luego de conquistadores como Cortés, y descubridores como Cabeza de Vaca, que él ensalza.

El mundo americano conquistó ciertamente al cronista por lo inédito de su

naturaleza y el espíritu de aventura en tierras desconocidas y pueblos que había que rescatar de la barbarie y evangelizar. Pero el cronista experimentó más tarde un cambio radical en sus opiniones, cuando se adentró en lo complejo de la acción de los españoles que se iban estableciendo en las Indias y se adueñaban de tierras, riquezas y mano de obra indígena, que explotaban sin misericordia.

Subraya Coello que todo eso es visible en la segunda parte de la *Historia*. Y tiene, además, razón cuando señala que Oviedo prácticamente tampoco dejaba de defender sus intereses al componer su texto, por otra parte siempre interesante, incluso a pesar de la verdad histórica más o menos respetada y las invenciones fantásticas, que son precisamente las que más pueden interesar hoy a un lector no dedicado profesionalmente a la historia.

Es plausible que, como señala el crítico, Oviedo siguiera un modelo cidiano en la conquista de San Juan de Puerto Rico, pero también defendía sus intereses, y parece indudable que la descripción sucesiva de gigantes y patagones sea un relato épico retórico. Mérito tiene el estudioso en desarrollar con tanta pertinencia el tema, investigando sus lejanas raíces míticas, subrayando como en América lo descomunal significó algo totalmente negativo.

Épica fue, al contrario, a pesar del recurso a una justicia violenta ejemplar contra los rebeldes, la empresa de Magallanes, que corresponde, ella sí, a un fundamental proyecto científico-moral, todavía hoy digno de admiración.

En cuanto a “Las hijas de Marte en el Nuevo Mundo”, como titula Coello su ensayo final, las famosas amazonas, su búsqueda por parte de los descubridores, ya conquistadores, fue constante, aunque vana, determinada no tanto por su atractivo subrayado desde tiempos míticos, sino sobre todo

por la creencia de que ellas fueran dueñas de grandes cantidades de oro.

A esta búsqueda constante se debió, en realidad, algo muy concreto: un mejor conocimiento del territorio americano, con la consiguiente derrota de sus pobladores. No con otro fin se realizaron las expediciones de Gonzalo Jiménez de Quesada al territorio que luego se llamó Nuevo Reino de Granada, y de Gonzalo Pizarro al río Marañón.

Oviedo, afirma el autor de este libro, estuvo siempre al corriente de los nuevos descubrimientos, a través de las relaciones que, como cronista oficial, recibía y las conversaciones con protagonistas de paso o regresados definitivamente a España. Lo hacía con el mismo afán enciclopédico antes de embarcar para Santo Domingo a principios de 1549. Concluye Coello afirmando el afán de Oviedo por estar siempre al día, pretendiendo “escribir una historia oficial donde los hechos gloriosos del pasado sirvieran como ejemplo para las nuevas generaciones”. Era ciertamente la imagen positiva de España que más le preocupaba, como expresión gloriosa del Imperio de Carlos V.

Aunque siempre se preocupó el cronista por relatar la verdad de los acontecimientos americanos, en la creación de sus héroes se valió ampliamente de la fantasía con el fin de transformarlos en ejemplos universales. Justamente señala el crítico que al conocimiento *per aurículas* de la época medieval, los cronistas de Indias “proporcionaron una verosimilitud histórica sobre lo que habían visto *per oculos* o aprendido de oídas”. Oviedo fue ciertamente el príncipe de ellos.

Casi veinte páginas de útil bibliografía y un índice onomástico concluyen este atractivo estudio del profesor Coello de la Rosa.

Giuseppe Bellini
(Università di Milano, Italia)

Alberto Pérez-Amador Adam: *De legitimatione imperii Indiae Occidentalis. La vindicación de la Empresa Americana en el discurso jurídico y teológico de las letras de los Siglos de Oro en España y los virreinos americanos*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert 2011 (Parecos y Australes. Ensayos de Cultura de la Colonia, 5). 554 páginas.

La presente obra es la versión reelaborada y ampliada de la tesis de habilitación del autor, que fue aprobada por la Universidad Humboldt de Berlín en 2003. Pérez-Amador retoma —una vez más— la cuestión de la defensa de la Conquista en los siglos XVI y XVII, y siguiendo a Luciano Pereña, llama al conjunto de las discusiones y polémicas sobre esta cuestión la “Duda Indiana” (19). Sin embargo, esta “Duda” forma parte de un complejo conceptual más amplio. Así, Pérez-Amador la relaciona con el “cambio de epistemes del conocimiento sucedido a finales del siglo XVI e inicios del XVII con base en los argumentos teológicos y jurídicos dictados para vindicar la Empresa Americana tal como se percibe en la literatura de la época”, cambio que destaca como la “tesis central del trabajo” (20). Este cambio de epistemes se debería a la disputa *De auxiliis*, también conocida como la disputa sobre la predestinación y el libre albedrío. Ambas disputas están vinculadas por una pregunta: a saber, si la empresa americana era la consecuencia de la predestinación divina o si era el resultado de decisiones humanas. Es, sobre todo, en las letras donde la disputa *De auxiliis* determinaría la “Duda Indiana”: “Con excepción de un autor, Sor Juana Inés de la Cruz, todos los textos literarios justifican la potestad castellana en América con el título de preordenación” (242-43). A las dos disputas mencionadas, el autor agrega un tercer elemento: “la actividad de la Compañía de

Jesús” (32). Estos tres factores constituyen la base del verdadero objetivo de la obra: el estudio del “proyecto de modernidad español con una singular ramificación en América” (31). El autor opone el proyecto español al francés del Siglo de las Luces: mientras que aquél habría fracasado “por centrarse en cumplir la idea antropocéntrica tridentina, manteniendo estructuras económicas de explotación y no desarrollar estructuras económicas de producción”, este habría sido exitoso, puesto que se basó “en el desarrollo de estructuras de producción” (32). En la conclusión, el autor resume el propósito de su obra señalando que “el estudio de los tres elementos constituyentes del proyecto de modernidad hispano, a saber “Duda Indiana”, disputa *De auxiliis* y proyecto jesuita, son necesarios para entender no solo España, sino toda Hispanoamérica” (410).

Este breve análisis de los objetivos de la obra muestra que la “Duda Indiana” constituye solo una parte de un proyecto más amplio y ambicioso, con lo que contradice el título de la obra, enfocado claramente en la defensa de la empresa americana. En efecto, la obra está dedicada casi exclusivamente a esta temática, salvo varios excursos en los cuales el autor discute el cambio de epistemes.

Pérez-Amador divide el problema de la vindicación de la empresa americana en dos partes: la analiza y discute en los tratadistas (teólogos, filósofos, juristas) y en las letras áureas. Subdivide la primera parte de su trabajo en tres “incisos” cronológicos: hasta las Leyes de Burgos; alrededor de las Juntas de Valladolid (incluyendo los últimos escritos de Las Casas) y la época de los tratadistas posteriores. La segunda parte se estructura en base al criterio de género: crónicas, poemas épicos y teatro. El autor complementa la obra con un apéndice en el cual reproduce trece textos que considera cruciales. La estructura sigue,

pues, una lógica implacable, pero lo hace solo en relación con la “Duda Indiana”, dejando fuera los otros dos elementos declarados centrales en la introducción y la conclusión. El autor destaca la novedad de su obra: en lo que hace a los textos de la primera parte, apuntando que “el tema tratado ha sido mal explorado”; y, en los de la segunda, que “el tema se ha ignorado y los textos se consideran, desde tal punto de vista, aquí, para su estudio, por vez primera” (39).

Desde las primeras páginas, Pérez-Amador establece su intención de refutar la llamada “Leyenda Negra” promovida por el mundo anglosajón, oponiéndose al “lugar común” de que “la motivación de la Corona española para realizar la Empresa Americana fue la codicia”, lugar común que “se ha repetido con demasiada frecuencia sin considerar una serie de circunstancias importantes” (11). Lamentablemente, la argumentación del autor se ve debilitada por una serie de fallos. Me limito a señalar algunos casos significativos.

Tratando de la catástrofe demográfica que siguió a la conquista, el autor escribe que la primera consecuencia del sitio y toma de la imperial Tenochtitlán “fue una tragedia demográfica debida a las epidemias importadas” que causaron la muerte de alrededor del 90% de la población indígena; en toda América sería aproximadamente un 82%. A partir de estas cifras, el autor concluye que “así, la explotación de la población americana para lograr un rápido enriquecimiento en las encomiendas halló un freno no por las leyes dictadas por la Corona de Castilla, sino por la mortandad consecuente de las epidemias” (11-12). Por una parte, el autor omite el hecho de que un porcentaje nada despreciable de la mortandad de los indígenas se debió justamente a la mita y la encomienda, sin hablar de las víctimas de guerra en distintos contextos y los suicidios colectivos. Por

otra, cabe señalar que las cifras indicadas por el autor (apoyándose en solo dos autores, Madrigal 1992 y Ziegler 1969) carecen del valor absoluto que les confiere y son problemáticas, en cuanto no se basan en estudios demográficos de rigor como los de W. Borah y S. F. Cook (*Ensayos sobre la historia de la población: México y el Caribe*. México: Siglo XXI, 1977-1978) o N. D. Cook (*Born to Die. Disease and the New World Conquest, 1492-1650*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998). Algo más adelante, el autor trata de explicar el desinterés inicial de la Corona por proteger a los indígenas con el argumento de que antes de las Leyes de Burgos de 1512, “tan solo se conocían los caníbales del Caribe, cuya basteza determinó la mira hispana y el juicio aplicado en tal legislación” (17). Esta observación parece no tener en cuenta el famoso codicillo de Isabel la Católica a su testamento en el cual exige “que los yndios [...] reçiban agrauio alguno en sus personas ni bienes, mas manden que sean bien e justamente tratados”. Si bien es cierto que los españoles encontraron a etnias caníbales, históricamente no es menos cierto que se toparon, en las islas del Caribe, con etnias pacíficas, tal como lo relata Colón en sus diarios de viaje y lo repite Pedro Mártir de Anglería en su *Década primera*, redactada entre 1493 y 1501 y publicada (posiblemente sin el consentimiento del autor) en 1511. En la misma obra, Pedro Mártir evoca las funestas consecuencias que la actuación de los españoles tuvo en la población nativa. Pero el autor no cita las *Décadas* en este contexto, ni la investigación histórica sobre este punto.

Este descuido de la investigación historiográfica se nota igualmente en la breve relación que hace el autor de la elaboración de la *Recopilación de Leyes de Indias* de 1680 (40-41). Pérez-Amador nombra a varios autores que colaboraron

en la empresa, destacando el papel central de Solórzano Pereira, pero no menciona a Antonio de León Pinelo, quien acabó la obra (no hay un consenso entre los especialistas sobre el grado de colaboración entre ambos, pero tampoco hay duda sobre la importancia de la labor de León Pinelo).

Los problemas de la segunda parte son de otro orden, pero igualmente importantes. El capítulo sobre las crónicas es demasiado breve y no incluye las obras del siglo xvii, entre ellas, obras clave como la *Monarquía indiana* de Juan de Torquemada y los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega. El capítulo sobre la poesía épica se abre con un resumen poco satisfactorio de los fundamentos teóricos. En cuanto a los análisis de obras concretas, se nota otra vez un manejo que deja que desear en lo que atañe a la investigación anterior. Me limitaré a un solo ejemplo. El autor cita la defensa de la conquista por parte de Fernández de Oviedo, que se basaría en la historia mítica del rey Hespero, según la cual “las Indias pertenecieron a España en edades míticas bajo la corona del rey Hespero”, de modo que “la conquista era, en realidad, la recuperación de territorios antiguos” (258 y 259). La cuestión es más compleja: en primer lugar, Fernández de Oviedo no es “el único que invoca este título de posesión mítica del rey Hespero” (259). La historia de Hespero, descendiente de Tubal (nieto de Noé), era omnipresente en el siglo xvi, después de que Giovanni Nanni publicara, en 1498, el llamado *Pseudo-Beroso* (además, la historia ya se encuentra, entre otras, en las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla). El texto más importante en esta línea es, tal vez, la *Crónica general de España* (1543) de Florián d’Ocampo, quien se tomó la historia mítica de los reyes de España tan en serio que llegó solo hasta los cartaginenses. En segundo lugar, Fernández de Oviedo dice explícitamente

que la Tierra Firme no forma parte de las Islas Hespérides, de modo que la historia de Hespero no justifica, para él, la posesión de esta. En tercer lugar, Fernández de Oviedo aduce, en el “Proemio” al libro 38, otra teoría, según la cual los “famosos godos, que tanta parte del mundo conquistaron”, entre ellas España, eran los verdaderos antecesores de los reyes de España. En cuarto lugar, a pesar de estas justificaciones basadas en mitos o pseudo-mitos, no cabe duda de que la verdadera justificación de la posesión de las Indias es, para Fernández de Oviedo, “la merced e concesión de las Indias por el Sumo Pontífice” con la meta de la evangelización de los indios (según Pérez-Amador, este argumento contendría el “motivo final” de la Conquista, en oposición al “motivo causal”, es decir, la historia del rey Hespero, 457 y 458, nota). El caso de Fernández de Oviedo es particularmente significativo y emblemático: Pérez-Amador no cita ni una sola obra sobre el autor. Por lo menos en este caso, su pretensión de ser el primero en interpretar los textos de las letras áureas “desde tal punto de vista” no necesita más comentario.

Cabe señalar algunos lapsus o erratas tales como “la escuela de traducción de Córdoba” (29) que debe de referirse a la de Toledo; o la coronación de Carlomagno como emperador en Aquisgrán y no en Roma (288).

Si me he detenido más de lo habitual en las debilidades de la obra ha sido en vista de las expectativas que esta suscita. Pérez-Amador quiso reescribir la historia de la defensa de la Conquista en los siglos xvi y xvii y, en este sentido, su obra constituye una imponente contraparte a los numerosos estudios (tal vez, en efecto, como lo insinúa el autor, provenientes de universidades norteamericanas) que mantienen viva la llamada “Leyenda Negra”. La obra impresiona por la amplitud de la visión

y la incontestable y admirable erudición pero, lamentablemente, por las razones ya expuestas, no cumple con el ambicioso proyecto que nos propone.

Karl Kohut
(*Katholische Universität Eichstätt-
Ingolstadt, Alemania*)

Vera M. Kutzinski / Ottmar Ette / Laura Dassow Walls (eds.): *Alexander von Humboldt and the Americas*. Berlin: edition tranvia / Verlag Walter Frey 2012. 295 páginas.

Este volumen representa una contribución interdisciplinaria al estudio de una obra tan citada como poco leída. Es que el imperturbable perfil que la historiografía talló de Alexander von Humboldt llevó a un conocimiento superficial de su producción y de su vida, con lo que hoy resulta doblemente valioso que el trabajo crítico se acompañe de fuentes primarias. En su conjunto, el libro presenta una profusa bibliografía, así como gran ductilidad en el manejo de los documentos de la época. En cuanto a esto, resulta destacable que los editores hayan incluido documentos personales, que propician una aproximación mayor al pensamiento del autor y a su experiencia como observador científico.

El volumen parte de un problema: la paradójica situación de una obra canónica, que al mismo tiempo es obra de los márgenes, que pone en contacto diversas áreas del conocimiento y traspasa límites todavía débilmente definidos. Si bien no es una cuestión menor que el legado de Humboldt sea tan extenso como heterogéneo, sus dinámicos puntos de vista suponen un desafío mayor para la historia de las ideas en la transición de la Ilustración al Romanticismo, y en tal sentido su inscripción en dicha transición

define una clave de lectura que *Alexander von Humboldt and the Americas* asume al determinar el conflictivo tejido político cultural de la producción del autor. Las múltiples direcciones de los intereses de Humboldt no representan una mera dispersión, y menos aún la incapacidad de definir un objeto específico, sino que hay una percepción de que toda la diversidad representa un conjunto de fenómenos de un cosmos “cuidadosamente balanceado y de partes móviles interconectadas” (“Introduction”, 9) que requiere, entonces, no solo de una acción interdisciplinaria, sino de un modo de percepción transdisciplinario. En este sentido, aparece en el centro temático de la propuesta, y desde una diversidad que abarca los estudios literarios, la historia de las ideas científicas, la antropología y la historia política, la representación de América, de su naturaleza y de sus pueblos. A través de los ocho ensayos que componen la primera parte, “Historian of the Americas: Essays on Alexander von Humboldt”, se trasluce que la actualidad de la obra de Humboldt en la naturaleza problemática de esa representación científica y estética del continente americano tiende a abrir un abanico de formas y de imágenes y que hoy, como se señala en varios trabajos, en el contexto de la globalización, es objeto de discusiones alrededor de la definición de lo “americano”, de la relación de la sociedad con su entorno y de las secuelas sociales del proceso de colonización. En medio de estas perspectivas convive, como señala Dassow Walls en su ensayo, la imaginación del ideario republicano sobre el que se fundan los Estados Unidos con su afán imperialista, el libre juego de una naturaleza ominosa y pujante con el origen de los problemas ambientales o la construcción de una identidad nacional fundada en el paisaje frente a la diversidad que “obstruye la formación de una conciencia nacional”,

como sugieren en su trabajo Borchart de Moreno y Moreno Yáñez. Vale decir que, en esta concepción del problema, entablan un diálogo fructífero el pasado y el presente.

Parte de la cohesión del volumen reside en la selección de categorías y nociones sobre las que se centra cada estudio. En este sentido, predomina una consistente indagación crítica de la que resulta una novedosa integración conceptual de las investigaciones de Alexander von Humboldt. Así como el trabajo de Dassow Walls se ocupa *in extenso* de la recepción política de la obra de Humboldt en los Estados Unidos y de la dicotomía “nacionalismo” y “cosmopolitismo”, el ensayo de Safier problematiza las transformaciones de la noción de “zona tórrida”, desde la infertilidad y la inhabitabilidad a la paradisíaca región de abundancia que provoca en los pueblos, según Humboldt, una industria escasa y una organización deficiente (56). Esta imbricación entre naturaleza y moral se registra como problema en torno a la representación del cerro Chimborazo, cima que reúne un registro del pasado precolombino y una majestuosidad apropiada para una nación moderna, contra las indeterminaciones de los acontecimientos políticos de un proceso revolucionario (Borchart de Moreno y Moreno Yáñez). La noción de naturaleza orgánica es recurrente y en ningún ensayo se omite el problema representacional, ya sea artístico, discursivo o epistemológico. Por ejemplo, la idea de “representación fractal”, que Kraft toma de Ottmar Ette (144) para caracterizar el procedimiento central de la escritura humboldtiana, permite una visión de conjunto de los fenómenos naturales que la escritura replica con sus procedimientos y estrategias. Al mismo tiempo, la aglutinación de la impresión en una forma, en un “cuadro de la naturaleza”, trasluce la relación entre

fenómenos naturales y expresión artística. El ensayo de Ette, el mayor artífice para la recuperación de la obra de Humboldt en la actualidad, propone que el explorador y científico persigue una impresión total, una *Gesamteindruck*, de la naturaleza que podría atravesar todas las representaciones parciales hasta conformar una representación hemisférica.

Al mismo tiempo que la cohesión terminológica del libro es sobresaliente, resultan llamativas algunas fórmulas que parecen divergir del planteo central. Por ejemplo, en el contexto en el que señala la “destrucción de los pueblos” (30) para referirse a la conquista europea, Dassow Walls menciona que este proceso se inició con un “descubrimiento de nuevos mundos” (íd.), noción esta (la de “nuevo mundo”) que reaparece en Safier para mencionar el suelo del Inca Garcilaso de la Vega (55). Si bien la concepción de un “encuentro de culturas” o de un “develamiento” pueden tomarse como parte de una retórica eurocéntrica, es válido preguntarse por su persistencia en un contexto en el que no se reivindicaba a Humboldt como “segundo descubridor” de América.

En la parte II del libro, “Of Things Natural and Unnatural. Excerpts from Alexander von Humboldt’s Letters and Diaries”, una selección de cartas y de fragmentos de diarios producidos durante el viaje americano, la voz del autor cobra relieve político y las nociones relacionadas con la organización económica de las colonias y con las descripciones geográficas plantean un contrapunto con la actualidad al poner en entredicho la concepción binaria de la naturaleza y la concepción monolítica de un capitalismo ya global.

Finalmente, las láminas a las que remiten los ensayos de Zeller, Borchart de Moreno y Moreno Yáñez y Iannini complementan apropiadamente el imaginario humboldtiano. Quizá otros ensayos hubieran debido

contar también con ilustraciones, como el de Neil Safier, fuertemente apoyado en la referencia a una representación en la que la “zona tórrida” se distingue por “la abundancia y la fertilidad” (53) y por la “dramática diversidad de la vida animal” (57). Lo mismo vale para el trabajo de Tobias Kraft, que si bien se ocupa del orden simbólico de la escritura humboldtiana, releva en la noción de *Naturbild* (“cuadro de la naturaleza”) la conexión inevitable entre comprensión y representación que lleva a concebir “las complejidades del mundo como un sistema simple, abierto, vital e interrelacionado” y que al abordar “la representación fractal de la naturaleza de Cumaná” habría ganado mucho con una complementación gráfica del concepto.

En *Alexander von Humboldt and the Americas* converge el objetivo de contribuir a una concepción renovada de la obra humboldtiana, especialmente en el contexto de la investigación estadounidense, con la sostenida impronta crítica que demuestra su actualidad. El libro sugiere, finalmente, estimulantes líneas de investigación que seguramente se irán desplegando en el futuro.

Juan Lázaro Rearte
(Universidad Nacional de General Sarmiento
/ Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Catherine Aristizábal: *Autodocumentos hispanoamericanos del siglo XIX. Fuentes personales y análisis histórico*. Münster: Lit 2012, 193 páginas.

Desde el impulso de los estudios culturales se hace cada vez más insoslayable el recurso a diferentes textos que permitan alcanzar una visión de la experiencia interior de sus autores. Las fuentes autobiográficas se presentan como un escenario propicio para comprender la

autorrepresentación y autfiguración del individuo, a la vez que una proyección de su interioridad en la sociedad a la que pertenecen y de la cual son reflejo.

Consciente de la necesidad de indagar en este territorio, el libro de Catherine Aristizábal parte de una concepción de los autodocumentos como escritos en los cuales el autor, voluntariamente, ofrece información personal, al expresar ideas, pensamientos sentimientos o referir aspectos de su vida cotidiana e íntima. La autora los califica como “fuentes co-extensivas a la identidad de la persona” (12), lo cual los convierte en un provechoso material para el estudio, tanto de las sociedades como de los individuos.

El análisis de fuentes históricas en busca de información personal de los autores se ha ido incrementando a partir de los años sesenta del siglo pasado, principalmente en razón del interés cada vez mayor por el papel del sujeto en el devenir histórico. Europa ha sido la abanderada a la hora de investigar en autodocumentos; pero, como señala Aristizábal, queda por emprender un trabajo paralelo para otras áreas. El presente libro pretende cubrir un flagrante vacío al ocuparse de solventar esta ausencia en la Hispanoamérica decimonónica, donde los conceptos acuñados para Occidente, pueden no resultar tan operativos.

Aristizábal justifica la elección de este período (su búsqueda abarca el lapso entre los años 1780 y 1910) en el hecho de que durante el siglo XIX, en Hispanoamérica, con las independencias y la consecuente creación de las nuevas naciones, se generan importantes cambios, tanto para la idea de sujeto como de cultura. Es una época de modernización, liberalismo y secularización de una sociedad que cree cada vez más en el progreso. Las fuentes autodocumentales que componen el libro reflejan esta transformación.

Además del criterio espacio-temporal, hay otros dos parámetros manejados por

Aristizábal. El primero tiene que ver con los propios textos: solo trabaja con documentos escritos en lengua española que hayan sido publicados (descartando inéditos y cartas personales). El segundo requisito limita el corpus a aquellos documentos albergados en bibliotecas y archivos alemanes. Sin duda se trata de catálogos bastante completos, lo que permite que la muestra presentada por Aristizábal sea ciertamente representativa. No obstante, deja abierta una veta que invita a completar esta primera base sistemática de datos.

En el libro hay dos partes claramente diferenciadas. En la primera, tras una introducción general donde se discuten conceptos y los escasos acercamientos teóricos y críticos que se han hecho en este campo de investigación, Catherine Aristizábal desarrolla una sucinta presentación y clasificación de las diferentes fuentes documentales. Continúa con un breve y certero análisis donde detalla los rasgos más destacados y las particularidades propias de cada uno de los apartados en que divide el conjunto de sus fuentes. La segunda mitad del libro la constituye una relación de fichas descriptivas de cada uno de los 130 autodocumentos que conforman el corpus con el que ha trabajado la autora.

Este libro no se presenta como un análisis minucioso de cada autodocumento, sino como un balance y síntesis de las fuentes encontradas. Se trata, pues, de un texto que busca constituirse en una primera base de datos que organice los autodocumentos hispanoamericanos decimonónicos. A partir de ese conjunto organizado podrán plantearse luego estudios específicos, y preferentemente interdisciplinarios, siguiendo la propuesta metodológica del Grupo de Estudios Interdisciplinarios con autodocumentos de la Universidad Libre de Berlín, al que se adscribe la autora del libro. Aristizábal, por lo demás, juzga necesario poseer una visión de conjunto, capaz

de contextualizar los documentos dentro de la evolución social y cultural del medio del cual provienen. Este es el camino que puede orientar el establecimiento de una metodología adecuada para cada subgrupo.

De entre los rasgos generales de los textos destaca su naturaleza híbrida, ya que, antes que seguir un modelo específico, los autodocumentos hispanoamericanos del XIX se nutren de atributos de diferentes subgéneros de la autoescritura. Otro elemento común es el carácter preferentemente público de estos textos: en gran porcentaje son textos justificativos, llegando a presentarse como armas políticas que a veces hasta se validan como fuentes históricas, e incluso son acompañados por documentos oficiales destinados a respaldar determinadas afirmaciones. Este desmedro de lo íntimo, se comprende al situar los escritos en una época en la que los autores eran conscientes de su condición de testigos de un momento histórico relevante. Son los propios escritores —por lo general miembros de la élite cultural, política y económica de la región— quienes asumen la responsabilidad cívica y moral de narrar los hechos vividos.

La voluntad y necesidad de sinceridad es otra de las constantes que Aristizábal encuentra en las fuentes estudiadas. El compromiso de los autores con la verdad de lo narrado concede un papel importante al público lector, ante el que llegan a excusarse por los eventuales fallos de la memoria, y al que solicitan, incluso, enmendar posibles imprecisiones.

El inventario de fuentes que presenta este libro distingue por un lado entre memorias autobiográficas y memorias, siendo las últimas las más numerosas, al constituir el 40% de las fuentes (55 memorias dentro de un corpus de 130 autodocumentos). Por otro lado, identifica un grupo de diarios personales, en el cual Aristizábal diferencia entre diarios íntimos, de viajes y de campaña. El grupo más numeroso es el

compuesto por los diarios de viaje, que es además uno de los campos de estudio auto-documentales privilegiados en las últimas décadas; mientras que solo califica como estrictamente íntimas a cinco fuentes, corroborando así lo escaso de este rasgo en la autoescritura del período decimonónico.

Aunque la autora es consciente de que los estudios de género con autodocumentos no deberían centrarse exclusivamente en el género femenino, reserva el último apartado del libro para ofrecer una breve relación de la autoescritura de mujeres en el siglo XIX. La muestra es reducida: cuenta solo con siete fuentes pertenecientes a tres subgéneros (autobiografías, diarios íntimos y diarios de viaje), a partir de las cuales postula Aristizábal que acaso las mujeres sean más proclives que los hombres a expresar su interioridad.

Uno de los méritos que puede tener un libro es dejar puertas abiertas. El trabajo de Catherine Aristizábal además de ofrecer sistematizados un gran número de autodocumentos, invita a continuar interrogándolos, a fraguar posteriores estudios que emprendan un acercamiento a los textos particulares. Estas potenciales consecuencias, así como una eventual ampliación del corpus, permitirían sacar mayor provecho del material y prolongarían este primer paso.

Anabel Gutiérrez León
(España)

Heffes, Gisela (ed.): *Utopías urbanas: geopolíticas del deseo en América Latina*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert (Nexos y Diferencias. Estudios de la Cultura de América Latina, 35) 2013. 434 páginas.

La colección “Nexos y Diferencias, Estudios de la Cultura de América Latina”

de Iberoamericana / Vervuert, dedicada a dar cuenta de las aproximaciones críticas más renovadas de los estudios culturales sobre la región, presentó en el año 2013 el volumen *Utopías urbanas: geopolíticas del deseo en América Latina*. Desde el título mismo, se trata de un volumen que invita a ubicarse en una múltiple intersección: aquella donde concurren ciudad y utopía, allí donde ha podido tener lugar y donde se busca, se desea, encontrarle lugar a aquello que por definición etimológica no lo tiene. El propósito de Gisela Heffes, editora del volumen, fue hacer un trazado de esa intersección desde diferentes enfoques disciplinares que diera cuenta de la diversidad que entraña el ideario utópico latinoamericano.

Para ello, *Utopías urbanas...* reúne doce artículos de especialistas en diferentes áreas de las ciencias sociales. Todos los artículos tienen como trasfondo la relación entre la realidad geopolítica de la ciudad latinoamericana y la construcción de un ideal utópico en diferentes representaciones sociales y culturales de diversos escenarios de América Latina. Los artículos están agrupados y organizados en cinco secciones. La primera se centra en la emergencia de nuevos paisajes urbanos en el panorama regional; la segunda se articula a partir de la idea de que, al pensar la ciudad, las ideologías latinoamericanas estuvieron apoyadas y potenciadas por fórmulas políticas y sociales que dieron pie a la creación de instituciones (médicas, higiénicas, ambientales) que hacen visibles las ideologías con que al comienzo del siglo XX fueron proyectados los espacios urbanos y sociales; la tercera sección hace un examen de la relación entre utopía, vanguardia e imaginario urbano, poniendo en entredicho la continuidad y la discontinuidad tanto de las vanguardias y sus gestos como del pensamiento utópico y la proyección de

este en los espacios urbanos contemporáneos; la cuarta piensa la cuestión indígena como alternativa a los proyectos modernizadores y urbanos que se establecieron en Latinoamérica; finalmente, la quinta sección forma un apartado especial dedicado al estudio de Brasilia como una de las utopías más importantes de América Latina en el siglo xx. Estas secciones, más que establecer diferencias entre los artículos que las agrupan, potencian relaciones que permiten trazar un mapa geopolítico bosquejado por el deseo utópico de América Latina.

Las cinco secciones están precedidas por una introducción de Gisela Heffes en donde se brinda una revisión crítica del estado de la cuestión. Heffes se incorpora a la discusión abierta por Silvia Spitta sobre la valoración de Ángel Rama. Mientras que para Spitta la ciudad letrada del crítico uruguayo no da cuenta de la ciudad real y de su desorden, para Heffes, en *La ciudad letrada* Rama ejerce una crítica profunda de la evolución del modelo urbano al dar cuenta de los contrastes y los sometimientos de la ciudad real sobre la ciudad letrada. Esta valoración de Ángel Rama marca una posición que determina el trayecto de todo el volumen: la distancia entre, por un lado, el pensamiento urbano (la “pulsión utópica”), esto es, la proyección de espacios ideales en los cuales las dinámicas sociales, ambientales y culturales se produjeran de manera ordenada, regida por el razonamiento humano que la planifica, y por el otro lado, la ejecución política, real y material de esos proyectos utópicos. Esta distancia es, y ha sido en todos los casos (Brasilia sería el último y más obvio, como bien dan cuenta los artículos de Adrián Gorelik y de Farès el-Dahdah) una distancia insalvable. Sin embargo, es allí, en esa distancia, donde la intersección del espacio utópico urbano puede ser descubierta.

Esto va de la mano con otro tema que atraviesa el conjunto de artículos que conforman el volumen. Es aquello que se refiere a lo utópico como una visión alternativa de la realidad, esto es, en palabras de Aínsa citadas por Heffes, como “sinónimo de actitud mental rebelde, de oposición o resistencia al orden existente, y respecto al cual, en su lugar, se propone uno radicalmente diferente al presente desde donde se enuncia” (17). Es en este punto donde se encuentra cifrada la intersección entre lo utópico y el espacio urbano como *topos* en tanto proyección que, provocada por el deseo de una sociabilidad diferente a la real, da pie a la emergencia de propuestas de espacialidades alternativas. Es el caso de las propuestas de Annick Louis, Marisa González de Oleaga y Gabriela Polít Dueñas sobre los casos del territorio ranquel y la alternativa al gobierno de Buenos Aires formulada por Lucio V. Mansilla, las utopías de Bertoni y de la comunidad menonita en el Chaco paraguayo y la propuesta literaria narrativa de Alison Spedding en relación a la coca y sus usos en las comunidades indígenas de Bolivia.

Sin embargo, esta visión alternativa de la realidad tiene también su contracara. De esto da cuenta el artículo de Fernando Aínsa al hacer una revisión panorámica sobre las novelas de “proyección apocalíptica” en una serie de narraciones donde las ciudades que sirven de escenario han cancelado la idea de “ciudad modélica” y reflejan otra realidad donde están puestos en escena los avatares del imaginario apocalíptico presente en la literatura latinoamericana. En ese mismo sentido, el artículo de Rebecca Biron reflexiona sobre la seguridad urbana en Ciudad de México a partir de la lectura de tres fuentes distintas: los consejos para viajeros que hace el Departamento de Estado de los Estados Unidos, las cifras de criminalidad y de

percepción de seguridad producidas por investigadores locales y la infraestructura física de las cloacas y el metro. Con ellas demuestra que la idea de seguridad basada en la separación absoluta entre un adentro y un afuera, un arriba y un abajo, no es otra cosa sino un mito utópico fallido.

Tal vez el punto más interesante del volumen tenga que ver con la manera en que estos trabajos, que manejan diversos enfoques y provienen de variados campos de estudio, se articulan considerando la intersección entre ciudad y utopía no solo como una forma espacial, sino también como una dinámica de los procesos sociales que aquella forma espacial implica. Esto hace que cada uno de los artículos contenga de manera implícita el cuestionamiento sobre la necesidad de pensar en la actualidad la problemática de los imaginarios utópicos y su relación con los espacios sociales urbanos en los que habitamos en América Latina hoy día. Desde el enfoque ecocrítico del artículo de Heffes, hasta el historiográfico arquitectónico y urbanístico del de Gorelik, pasando por el de la ciudad-máquina, diosa y villana, que estudia Raúl Antelo, se puede ver que existe un presente que viene arrastrando, desde hace décadas, una situación emotiva de desencanto frente a los fallidos intentos de plasmar (política, social, espacial y culturalmente) los ideales utópicos, cuyas magnitudes y efectos en los imaginarios sociales pueden ser leídos en gran parte de la producción narrativa latinoamericana producida desde la década de los ochenta del siglo pasado para acá. Es este desencanto lo que hace necesario rearticular, volver a poner en relación, renovar, actualizar, vivificar, la relevancia de la pulsión utópica y de la ciudad, la urbe contemporánea, como escenario de su realización.

Simón Henao-Jaramillo
(IdIHCS-CONICET, Argentina)

María Mercedes Jaramillo / Lucía Ortiz: *Hijas del Muntu: biografías críticas de mujeres afrodescendientes de América Latina*. Bogotá: Panamericana Editorial 2011. 643 páginas.

“Muntu: El cuerpo implícito en esta palabra trasciende la connotación de hombre, ya que incluye a los vivos y a los difuntos, así como a los animales, vegetales, minerales y cosas que le sirven. Más que a entes o personas, materiales o físicos, alude a la fuerza que une en un solo nudo al hombre con su ascendencia y descendencia inmersos en el universo presente, pasado y futuro” (Manuel Zapata Olivella, *Changó el gran putas*, 731).¹

Hijas del Muntu. Biografías críticas de mujeres afrodescendientes de América Latina es una obra pionera en el mundo de la crítica acerca de la importancia del sustrato africano en distintos ámbitos de la cultura de Latinoamérica. La obra, publicada por la Editorial Panamericana en octubre de 2011 bajo la dirección de María Mercedes Jaramillo y Lucía Ortiz presenta distintos artículos destinados a la escritura de biografías de mujeres afroamericanas desde la Colonia hasta la época contemporánea. Así, viene a trazar un recorrido por diferentes países del continente rescatando figuras silenciadas de varios ambientes de la esfera pública. Vidas de escritoras, artistas, intelectuales y políticas dan cuerpo a este volumen estructurado y ordenado a través de un criterio geográfico que da cabida a 35 trabajos de mujeres afrodescendientes originarias de Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Honduras, México, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

El volumen se abre con un trabajo introductorio de la escritora cubana

1 Cita tomada de la contraportada de la obra.

Georgina Herrera titulado “Örikí para las negras viejas de antes”, en el que aparece un poema de marcado tinte personal que trata sobre la importancia de la tradición oral como única forma de transmisión de la cultura de las mujeres negras hasta el siglo xx. La causa de esta separación de la vida cultural es, en primer lugar, la esclavitud a la que fueron sometidas, y en segundo lugar, la confinación y la exclusión que sufrieron con respecto al resto de la sociedad, que les impidió un conocimiento del mundo semejante al que tuvieron las mujeres de clase alta. Ante esta situación, las nanas negras, no sucumbieron a los impedimentos ingeniendo métodos de perpetuación de la memoria y refuerzo de las tradiciones culturales africanas tales como historias, poemas y canciones.

La representación de afrodescendientes en Argentina viene de la mano del sociólogo Alberto Morlachetti y de la actriz uruguaya Adriana Genta. El primero de ellos ofrece una interpretación acerca de la situación de las esclavas durante la Colonia, haciendo hincapié en el especial silenciamiento e invisibilidad que han sufrido los negros en Argentina, una de las naciones que en mayor medida han tratado de eliminar la negritud de la identidad nacional. Adriana Genta en “Mis bellas hermanas negras: Virginia Marature” da luz a la biografía de dicha actriz teatral y a su lucha por lograr papeles de teatro.

Los profesores Pércio B. de Castro, Simone Accorsi y Mónica Ayala-Martínez son los encargados de la sección dedicada a Brasil. En medio de una denuncia a la todavía situación de desventaja social de las mujeres negras en el país, inmersas, en palabras de Pércio Castro, en “un sistema pigmentocrático y falocrático” en el que la mujer mulata sigue siendo objeto de mercado y símbolo sexual para atraer al turismo, destacan las biografías de Francisca da Silva (Chica da Silva)

durante la época colonial, y de María Firmina dos Reis, primera escritora negra brasileña. Recupera, también, las biografías de Hilda Dias dos Santos y Escolástica Maria da Conceição Nazaré, mujeres clave del candomblé. Asimismo rescata la figura de las cantantes Clementina de Jesús y Elza Soares, de la actriz Zezé Motta y de afrobrasileñas de la escena política como son Antonieta de Barros, Matilde Ribeiro y la popular Benedita da Silva, objeto de estudio del trabajo presentado por Simone Acorsi. Este último hace hincapié en la importancia de esta mujer, símbolo de la resistencia a la marginalidad por su condición económica y racial. Por último, Mónica Ayala-Martínez nos habla de Carolina María de Jesús, una de las grandes representantes de las voces testimoniales latinoamericanas cuyos escritos han sido traducidos al inglés.

La sección colombiana se abre atendiendo al ámbito musical de la mano de Paola Marín, que presenta las biografías de Leonor Gonzáles Mina, La Negra Grande de Colombia, y de Sonia Bazanta, conocida como Totó la Momposina, contribuidoras en gran medida a la defensa de la música colombiana con raíces afrodescendientes no solo en Colombia, sino también fuera de sus fronteras. Ambas se constituyen, en palabras de Paola Marín, como “figuras irremplazables en la historia musical de nuestro continente”. Del territorio del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina es la biografía de Lolía Pomare Myles, promotora de la cultura raigal y “de la cultura afrocaribeña del archipiélago”. Ana Mercedes Patiño ofrece esta biografía, cuya protagonista se ha dedicado a darle voz a historias de mujeres marginadas que han luchado por contribuir al crecimiento político, económico, social y cultural de sus comunidades. Graciela Uribe Álvarez es la autora del siguiente capítulo, dedicado a Colombia. Esta

investigadora nos presenta la biografía de la senadora de la República hasta 2010, Piedad Esneda Córdoba Ruiz, que ha dedicado sus esfuerzos a la defensa de los derechos humanos, los derechos de la mujer y las minorías étnicas.

Patricia Rodríguez, Alain Lawo-Sukam, y María Mercedes Jaramillo se centran en la revalorización de la faceta literaria. De esta manera, arrojan luz sobre un colectivo ignorado con respecto a sus semejantes masculinos como es el de las escritoras afrodescendientes colombianas, cuya producción poética, cada día en mayor medida, va sumando sus aportaciones al total del panorama literario del país. Patricia Rodríguez nos ofrece una entrevista realizada a la poeta Edelma Zapata Pérez, hija de Manuel Zapata Olivella, acerca de “su verso” intimista, social y filosófico, “su enfermedad”, arma de doble filo en su vida, y “su cosmovisión”. Alain Lawo-Sukam centra su trabajo en la producción literaria de Mary Grueso Romero y María Elcina Valencia Córdoba, a las que presenta como representantes, a través de su poesía, de la opinión y las necesidades del pueblo afrodescendiente. Con su poesía consiguen un instrumento de resistencia ante las injusticias, el aislamiento y el silenciamiento que el resto de la sociedad les impone. Lawo-Sukam ha denominado las vidas de estas figuras poéticas como “toda una biblioteca cultural y una vitrina del mundo afrocolombiano”. Siguiendo la estela poética, María Mercedes Jaramillo elabora un estudio filológico acerca de las poetas María Teresa Ramírez y María de los Ángeles Popov, que han encontrado difusión a través de los encuentros de poesía que Águeda Pizarro organiza cada año en el Museo Rayo de Roldanillo. Jaramillo realiza un profundo análisis de la producción poética de ambas escritoras, que centran su temática en el canto a las cosmogonías afrocolombianas

y en la defensa a la mujer desde la perspectiva de la desarticulación del tópico de la negra como objeto sexual, a través de una explosión de erotismo y sensualidad.

Diana Rodríguez Quevedo realiza un estudio situado en la zona del Pacífico, en el Chocó, a través de la figura de Gloria Perea Martínez, Goyo, cantante principal del grupo Choc Quib Town, de música rap y sus variantes. Ante las dificultades del departamento en el que se centra, tanto en cuanto a la incidencia de la violencia, como en cuanto a la explotación y la contaminación de la biodiversidad y los recursos naturales de la zona, Goyo transmite a través de su música su preocupación por el territorio del Chocó, cuyos habitantes se han visto forzados en gran parte de los casos al desplazamiento. Asimismo, con sus letras proyecta un sentimiento de identidad afrocolombiana y de resistencia ante las desfavorables condiciones de la costa pacífica. Para cerrar los trabajos referentes a Colombia, encontramos el artículo de Doris Lamus Cañavate, un ensayo de corte sociológico en el que habla de las organizaciones de mujeres palenqueras en el Caribe colombiano. En estas organizaciones las mujeres han logrado dar grandes pasos en cuanto al fomento de su cultura y sus tradiciones.

Epsy Campbell Barr, activista política y ex presidenta del Partido Acción Ciudadana, ofrece una panorámica en su ensayo acerca de la situación civil de las mujeres afrodescendientes en Costa Rica. Campbell Barr escribe su propia experiencia en tono autobiográfico, en la que cuenta su andadura política, considerada por ella misma como “un compromiso en la lucha social a favor de los derechos humanos” en su país.

El apartado cubano abre un abanico de estudio desde distintas perspectivas de la cultura de la isla. El primero de los artículos pertenece a Inés María Martiatu, que

dedica su aportación al estudio de los documentales de Sara Gómez, conocida por el largometraje *De cierta manera*. El trabajo de Sara Gómez ha estado siempre dirigido al compromiso social en momentos políticos críticos de Cuba. Continúa con el cine Daisy Rubiera Castillo mediante de una reconstrucción de la figura de la actriz afrocubana Hilda Oates, que saltó a la fama por la interpretación de la obra *María Antonia*, un largometraje polémico que destacó por la visibilidad otorgada a personajes negros representantes de su cultura. La música de raíces afro en Cuba también ha encontrado su representación en *Hijas del Muntu*. María del Mar López-Cabrales, con su trabajo “Divas de la canción cubana. El cuarteto Las D’Aida y la novia del feeling”; Carmen González, en su ensayo “Alzar la voz: quebrar el margen. Rap y discurso femenino”; y Nayla Chehade, en un artículo titulado “Celia Cruz: vivir para cantar”, hacen un repaso por las voces femeninas y los ritmos tradicionales a través de La Lupe, Celia Cruz y Omara Portuondo, embajadoras de la cultura afrocubana fuera de las fronteras de la isla. El panorama poético aparece en el volumen por medio de la voz de la poeta Nancy Morejón, que queda representada por la pluma de Juanamaría Cordones-Cook, quien define la poética de Morejón apoyándose en tres núcleos centrales: el compromiso a la revolución, la presencia de ecos de ritmos del jazz y el impulso hacia la defensa del feminismo afrocaribeño.

La comunidad afroecuatoriana está representada por Clementina Adams, que presenta a Luz Argentina Chiriboga, escritora feminista ecuatoriana defensora de la mujer y de la etnia afrolatinoamericana. Desde una perspectiva sociológica, Betty Osorio escribe sobre las tradiciones, cosmogonías y creencias de la comunidad garífuna en Honduras, destacando a la

poeta, activista y dramaturga Antonieta Máximo por el fomento de dicha cultura.

En México sitúa su trabajo Angélica Silva, quien rescata la figura de la afroamericana Luz María Martínez Montiel, antropóloga, profesora, etnóloga e investigadora que ha enfocado la gran mayoría de sus estudios al análisis de las étnicas afrodescendientes en América en general y México en particular.

Victoria Santa Cruz, Susana Baca, Eva Ayllón y María Elena Moyano son las protagonistas afroperuanas presentadas en *Hijas del Muntu* por Nora Eidelberg, María Mercedes Jaramillo y Diana Vela. La primera de ellas ha destacado por su labor de escritora, dramaturga, coreógrafa e investigadora. Ha recibido varios premios que han venido a reconocer su proyección del folclore y la cultura afroperuana. Eva Ayllón y Susana Baca han seguido sus pasos, bebiendo de sus influencias y constituyéndose como reconocidas intérpretes de la escena peruana. Diana Vela presenta a María Elena Moyano, fundadora de la Federación Popular de Mujeres de Villa El Salvador, que dedicó su vida a la protección de las mujeres, especialmente aquellas carentes de recursos económicos y aquellas afectadas por la violencia de Sendero Luminoso.

Como indican las editoras en la introducción al volumen, es Puerto Rico uno de los países que más escritoras y poetas afrodescendientes ha dado, dedicadas en gran parte a la representación caribeña. Es este el caso de Mayra Santos-Febres, que aparece en la obra como objeto de estudio del trabajo de Alejandra Rengifo, y como ensayista, en este caso ocupándose de la intérprete puertorriqueña Ruth Hernández, cuyo compromiso por los desfavorecidos la llevó a ser senadora.

Caribeñas de la República Dominicana son Salomé Ureña y Florinda Soriano, ambas presentadas por dos capítulos de Fer-

nando Valerio-Holguín. La primera de ellas es una figura clave de la literatura del siglo XIX, dedicada a la educación femenina en el país. La segunda, Florinda Soriano, dedicó grandes esfuerzos a la ayuda a las mujeres de sectores étnicos minoritarios y desfavorecidos de la isla. Cerrando el grupo de estudios referidos a la República Dominicana encontramos a Yohainna Abdala-Mesa, que trata la temática de la identidad racial a través de la figura de Scherezada Vicioso, siendo una de las voces más potentes de reivindicación de la afrodescendencia, concretamente femenina.

En la sección referida a las mujeres afrouruguayas encontramos a Isabel Sanz, que escribe sobre representantes del candombe uruguayo: Martha Gularte, Lágrima Ríos y Rosa Luna. También escriben Silka Freire sobre la poeta y política Alba Roballo, “La Negra Roballo” y, finalmente, Silvia Valero, quien ofrece una entrevista con la escritora Cristina Rodríguez Cabral.

Para finalizar el volumen, encontramos un trabajo de Patricia A. González, que cuenta con un amplio *collage* de citas literarias referido a la poeta afrovenezolana Carmen Verde Arocha, la cual deja evidencia en su obra de la influencia de los rituales afrolatinos propios de su cultura.

Para concluir, indicamos que cada uno de los críticos especialistas ha realizado su aportación a la consecución de la visibilidad de un canon de mujeres que han llegado a importantes logros en diferentes países de América Latina en dos direcciones. Por una parte, han luchado por la defensa de los derechos humanos de las minorías sociales y de grupos étnicos marginados y por otra, han fomentado el papel de las mujeres en sus respectivas tradiciones socioculturales a través de la integración de su herencia idiosincrásica en aquello a lo que se han dedicado. Como refieren las editoras en la introducción a la obra, el

objetivo fundamental “ha sido reunir una serie de historias de vida que muestran la experiencia vital y el imaginario de las afrodescendientes en un mundo hostil que todavía ve en el afrodescendiente al ‘otro’, al sujeto que amenaza los privilegios y el ideal —empobrecedor— de una homogeneidad racial inexistente e inalcanzable”.

Virginia Capote Díaz
(Universidad de Granada, España)

Selena Millares: *De Vallejo a Gelman: un siglo de poetas para Hispanoamérica*. Alicante: Universidad de Alicante (Cuadernos de América sin Nombre, 29) 2011. 244 páginas.

A través de 16 ensayos, la destacada especialista Selena Millares propone un recorrido apasionante por algunas de las voces latinoamericanas más importantes, partiendo de la indagación en sus “paisajes interiores” y en sus diferentes formas de representar y / o transfigurar la realidad hasta convertirse en “poetas visionarios”. Se centra, además, en la reflexión sobre su capacidad de dialogar con otros compañeros de profesión. Estas son las constantes que vertebran el libro, entrelazando voces imprescindibles. Así, en el primer ensayo, “Proyecciones del paisaje interior simbolista en tres poetas de vanguardia: Vallejo, Borges, Neruda”, descubrimos otra posibilidad de lectura de estos poetas, desde su busca del infinito y su reconocimiento de la deuda y voluntad de reformular conceptos fundamentales como el de “paisaje del alma” del simbolismo y el “correlato objetivo” de T. S. Eliot. Neruda protagoniza también el ensayo “Pablo Neruda y la tradición poética: sombra y luz de un diálogo entre siglos”, que profundiza en la línea planteada en el texto anterior y amplía su ámbito de estudio de la intertextualidad;

y “El poeta y la muerte: ‘Hastaciel’, de Pablo Neruda”, en el que Millares se aventura en una interpretación de los últimos y muy poco estudiados versos del poeta. Las voces chilenas aparecen también en otros ensayos. En “Del árbol y de la atalaya: Gabriela Mistral”, Millares nos desvela el “signo de la paradoja [que] sustenta su trayectoria” (29), siendo una poesía que “imbrica aislamiento y compromiso” (33). El texto detalla también la reivindicación mistraliana de pertenencia a lo indígena, su profundo sentimiento de latinoamericanidad y su cercanía a la marginalidad. “La antipoesía de Nicanor Parra, en las barricadas de la contracultura” también muestra a un poeta cercano a las masas, que, esta vez, grita desde las barricadas. En pocas páginas, Millares logra sintetizar las múltiples vetas de Parra, destacando, en primer lugar y de acuerdo con el enfoque del libro, el diálogo intertextual que establece con otros poetas. Otra veta analizada es la propuesta parriana “para un nuevo humanismo” (87), que interpreta la contracultura como “cultura de los márgenes” (84), voz de los que sufren todo tipo de injusticia. Y su hermana, la *Viola chilensis*, halla su retrato más esclarecedor en “Geografías del edén: la poesía trovadoresca de Violeta Parra”. Millares destaca que Violeta reivindicó “el rescate de lo propio frente al proceso de colonización mental que erosiona América latina” (112), al igual que muchos de los poetas que conforman este libro. Nos describe la increíble labor de la trovadora en cuanto a la difusión del patrimonio cultural chileno, y propone interpretar las canciones populares y las décimas autobiográficas como dos vertientes del mismo arte. Para terminar, muestra cómo, a través de la imagen del edén, Violeta Parra sigue incitando a la rebeldía de los más olvidados de la Historia, haciéndose cantora de dramas universales. Chile vuelve unas páginas más adelante, en “Gonzalo Rojas:

la fragua primigenia”, donde Millares nos introduce en las facetas más desconocidas de Rojas. Escritor visionario y del silencio, un silencio que se llena, en palabras de Millares, de música y poesía, el poeta está siempre dialogando con los escritores fundamentales de su continente y con los franceses. El ensayo propone, además, una reflexión sobre la actividad de denuncia de Rojas de los más graves acontecimientos nacionales. El profundo humanismo de los poetas mencionados hasta aquí caracteriza también a otras tres voces chilenas, que, acertadamente, Millares incluye en su libro, con el ensayo “Tres miradas a la condición humana: Enrique Lihn, Jorge Teillier, Óscar Hahn”, escritores en constante diálogo con sus predecesores y con la muerte, y marcados por el profundo deseo de escribir una poesía que le hable a la gente desde la “paradoja de una marginalidad comunicativa” (171). Son tres mundos poéticos vertebrados por “muerte y fantasmagoría” (178), tres “estancias en el infierno” (182), que enriquecen y confirman la importancia del enfoque interpretativo propuesto en este libro.

Y desde su propio infierno hablan las voces argentinas, analizadas en “Olga Orozco y Alejandra Pizarnik: poesía y videncia”. Millares las sitúa en la estela de la videncia y de la poesía maldita, hasta vincularlas con la magia, la brujería y el surrealismo. La autora lleva a cabo un sugerente análisis de las poéticas de las escritoras, hallando impensados puntos en común, pero también nos desvela las divergencias, centrándose en particular en el tratamiento de los temas de la muerte, del infierno y de la fragmentación del yo.

A la muerte, esta vez entrelazada con el erotismo y el amor vitalizador y total, cantan otras dos mujeres. En “La confabulación de Eros y Thanatos en la poesía de Ana Istarú y Gioconda Belli”, vamos descubriendo el importante papel de subversión, militancia

y solidaridad que ejercen a través de sus palabras, siendo estas también distintas formas de cantarle a la vida.

Militantes, a su manera, serán también los cubanos que se estudian en este libro. En “La vanguardia como nostalgia: los últimos poemarios de Nicolás Guillén”, Millares se centra, en particular, en su “capricho poético” (37), *El Gran Zoo*, ilustrándonos su constante diálogo con otros bestiarios latinoamericanos. La investigadora subraya que Guillén buscó la liberación del hombre y de la palabra, como dos “vertientes de una misma realidad” (36). Las “imágenes desconcertantes” (43) de la naturaleza de *El Gran Zoo* se nos revelan como una profunda alegoría de la realidad socio-política cubana, elaborada a través de la crítica, la ironía, y la irreverencia. El ensayo se cierra con una reflexión sobre la “sorpresa final” (52), *Por el mar de las Antillas anda un barco de papel*, en la que el poeta sigue tratando de dar voz y respuesta a la esperanza americana y a la cubanidad, desde la honestidad. El viaje por Cuba sigue con “Dulce María Loynaz, en el tallo de los vientos”, en el que Millares analiza a la escritora con sorprendente exhaustividad, enfocándola desde la “poética del silencio” (59) y la búsqueda de infinito. Tan diferente y, sin embargo, igualmente imprescindible es el ensayo dedicado a Piñera, “Infierno contra paraíso: la ínsula poética de Virgilio Piñera”, en el que la pluma de Millares esboza diferentes perspectivas para leer a este cubano disidente, heterodoxo y maldito (71). Piñera encuentra su lugar en este libro, ya que Millares nos aclara sus características de poeta visionario, hechizado por el paisaje en derrumbe, y en diálogo con Neruda, Baudelaire, Whitman, entre otros. El poeta se revela así como otra voz cubana que habla desde la “marginalidad comprometida” (71).

Igualmente comprometidos son los versos de los últimos tres poetas que

conforman este notable mapa de la poesía hispanoamericana. En “Médula y sentido en la obra de Jorge Enrique Adoum”, Millares nos desvela su “gran paradoja”, es decir, “la imbricación de compromiso y escepticismo” (202) en una poesía que quiere conjurar el infierno, el desamor y la muerte (203). Testimonio y denuncia, a través de una escritura que es “acto de disidencia y subversión permanente” (205), son protagonistas también del ensayo “José Emilio Pacheco: apuntes para una poética”. Aquí Millares muestra que el autor, en particular a través del papel que le otorga al fuego y a la ceniza, denuncia la barbarie que vivió América Latina, hasta llegar a reflexionar sobre “el absurdo de la deriva humana” (211). Cierran el libro los versos de otro escritor comprometido. En “La poesía de Juan Gelman: conciencia y delirio”, comprendemos cómo a él también se le puede leer como poeta visionario, ya que su escritura es una “insólita conjunción de conciencia y delirio”, donde el delirio no anula la lucidez, sino que la fortalece. La autora destaca el carácter de poesía de “conciencia y resistencia” (235), que siempre se mantiene asequible a la gente, hasta convertirse en “bálsamo, consuelo, pan de todos” (239): una poesía “transida de humanidad” (238).

Y creo que este aspecto que Selena Millares consigue hacernos ver en los poetas aquí analizados es también una característica fundamental de su propia forma de estudiar a los escritores. Este libro nos ofrece trabajos *transidos de humanidad*, en los que la autora nos desvela nuevas lecturas de poetas sumamente complejos, encuentra insospechados hilos que los hermanan, sin olvidar nunca de llevar a cabo su análisis con rigor, pasión y claridad.

Chiara Bolognese (Universidad
Autónoma de Barcelona, España)

Sergio R. Franco: *In(ter)venciones del yo. Escritura y sujeto autobiográfico en la literatura hispanoamericana (1974-2002)*, Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert (Ensayos de Teoría Cultural, 2) 2012. 248 páginas.

Las monografías focalizadas en la producción autobiográfica de autores hispanoamericanos, como el propio Sergio Franco recuerda, han sido escasas hasta fechas recientes. A las aportaciones de estudiosos como Silvia Molloy (*At Face Value: Autobiographical Writing in Spanish America*, 1991), Stephen J. Clark (*Autobiografía y Revolución en Cuba*, 1999) o José Amícola (*Autobiografía como autofiguración*, 2007), se añaden ahora estas *In(ter)venciones del yo* que registran el incremento de la producción autobiográfica en el último cuarto del siglo xx y el interés creciente de la crítica por tales textos en el ámbito hispanoamericano.

Confieso que he vivido (1974), del chileno Pablo Neruda; *Las genealogías* (recopilación de artículos periodísticos, 1987), de la mexicana Margo Glantz; *El pez en el agua* (1993), del peruano Mario Vargas Llosa; “Autorretratos” (conjunto de textos recopilados y publicados como parte de su *Obra completa*, 1999), del cubano Severo Sarduy, y *Vivir para contarla* (2002), del colombiano Gabriel García Márquez componen una canónica selección de nombres que Franco justifica por su deseo de abordar específicamente a autores de crucial significación en la historia de la literatura hispanoamericana. No obstante, no es el canon el único factor que orienta la selección del autor. Junto a este, Franco razona los títulos estudiados tomando como base motivos de nacionalidad, cronología y estilo. Geográficamente, su propuesta implica un espectro representativo del territorio hispanoamericano, opción poco frecuente

en estudios anteriores. En segundo lugar, la publicación de estas autobiografías, nos dice, coincide con un tiempo en que la literatura de esta región ya había alcanzado tras los años sesenta un grado de internacionalización máximo. En ese momento, igualmente, a la recuperación de cierto realismo o al gusto por la no ficción se une la aparición de la modalidad del testimonio, que mantiene con la autobiografía relaciones de afinidad y diferenciación. A estas notas contextuales, se añaden las características de la posmodernidad, cuya pérdida de fe en los grandes relatos y en la función hegemónica del artista entra en contradicción con las trayectorias de algunos de los autores seleccionados, aún autorrepresentados según la imagen del intelectual dotado de una visión y posición excepcionales (23-24). Desde el aspecto formal las obras ofrecen, según el propósito del autor, diversas perspectivas y modalidades autobiográficas: el planteamiento irónico de Neruda al situar su texto en la tradición de las confesiones de san Agustín o Rousseau (35); el predominio de la elipsis en las “viñetas” o fragmentos vitales recopilados por Glantz (87); la parcialidad del relato de Vargas Llosa, que de modo binario y alterno enfoca su infancia y su descalabro político como candidato presidencial de Perú (108); el autorretrato fragmentario de Sarduy hecho de huellas-heridas corporales (143), o la memoria de impronta mágico-realista de García Márquez (172 y ss.). Estas descripciones se ven respaldadas posteriormente con precisos rasgos de la excepcionalidad de esas obras dentro de la producción autobiográfica de esta región: la dimensión fundamental de la naturaleza en Neruda (55), el humor en Glantz (78), la recuperación de un extremado sufrimiento infantil (110) y la proximidad del tiempo evocado respecto del momento de escritura y publicación en Vargas Llosa (104), las “variaciones musicales” de Sarduy en

torno a un inventario de su corporeidad, que incluye el travestismo y la mística en diferentes textos y en diferentes épocas (139 y ss.), el predominio del discurso de la abundancia en García Márquez a través de la insistencia en el derroche de lo carnavalesco, lo humorístico y lo placentero que actúa como edulcorante de pasajes dolorosos (192, 199).

El título del ensayo de Franco *–In(ter) venciones del yo–* refleja con ingenio los juegos especulares de autorrepresentación que la crítica ha ido señalando y convirtiendo en rasgos característicos de los textos autobiográficos. La escritura sintética de los dos términos *intervención e invención* en una sola palabra y el papel protagónico que se confiere a estos procedimientos en la escritura del yo indican la disposición preferente de este ensayo a concentrar las posibilidades de acción de la autobiografía sobre la sociedad receptora, más allá de los límites de veracidad e historicismo que las perspectivas críticas han conferido (o rechazado) respecto a la identificación entre el yo autor y el yo narrado, que en estos textos se interpelan polémicamente. Asumido *–entre matices–* que la autobiografía es más una modalidad de lectura (es decir, una narración que se propone y se lee como verdad) que un género literario específico, se parte de su descripción como proceso esencial de autoinvención e intervención en que prevalece el carácter performativo del lenguaje. Aunque abierto a las posibilidades de autoconocimiento y autocontemplación que generan estos textos, Franco explicita su propósito de indagar en las “estrategias retóricas de persuasión” (22) utilizadas por cada autor en su acción sobre el posible lector y subraya analíticamente tanto los elementos dominantes en cada uno de los autores analizados como aquellos divergentes respecto del impulso general desde el que se autoconstruye el yo del sujeto (27).

Este deseo lleva a Franco a estructurar el análisis de cada texto a través de encadenamientos temáticos similares en cierto modo a los lineamientos sinecdóticos que originalmente, al referirse a Glantz (dejando a un lado la prosopopeya canonizada por Paul de Man), propone como la figura retórica propia del discurso autobiográfico (87). Así, por ejemplo, la cultura material de origen marxista de Neruda (que, según Franco, comparte espacio con un biocentrismo de gran actualidad; 54, 60) se subraya en la presencia hegemónica de la naturaleza en la obra, que da paso a la observación de los pasajes relacionados con la gastronomía, que a su vez conduce la atención hacia el asunto escatológico donde incluye uno de los episodios más sombríos del relato vital del poeta: la violación de una mujer. Esta sucesión de motivos hilvanados, celosamente respaldados por un sólido, minucioso y variado entramado teórico, se detiene con cierta brusquedad al final de algunos capítulos y en la consumada renuncia a un apartado final conclusivo del libro. Sus cinco secciones, a pesar de lo dicho, no se ofrecen como análisis aisladamente compartimentados, sino como un espacio textual cohesionado donde se suceden las alusiones a la existencia de vínculos y desemejanzas que posibilitan el diálogo entre las obras estudiadas: la tensión entre memoria y autobiografía se señala como característica compartida entre las autobiografías de Neruda, Vargas Llosa y García Márquez; el impulso autobiográfico de Neruda y Glantz se subraya como antinómico toda vez que el chileno se ofrece como singularidad, vate y guía, frente a la mexicana que a menudo se inscribe como parte de una colectividad; Glantz y Sarduy construyen sus orígenes a partir de la inclusión de las palabras de sus antecesores (140). García Márquez adquiere singularidad en el conjunto por afrontar la actividad

memorialística y autobiográfica desde la vejez, frente a los otros que escriben desde edades más tempranas. Las imágenes del “héroe” y el “mandarín intelectual” asociadas con Neruda y Vargas Llosa se colapsan en la multiplicidad representativa de Sarduy. La indagación crítica en la autorrepresentación creada por cada autor polemiza con algunas de las instancias autfigurativas dominantes en cada caso. Franco, en general, tal y como advierte, no cuestiona la verdad histórico-biográfica de la reconstrucción memorística del yo. Su intención se dirige al análisis de la imagen que el autobiógrafo propone de sí mismo; para ello realiza una profusa contextualización de dicha imagen en los procesos nacionales, personales y literarios en los que cobra sentido.

Ensayo necesario y útil el ofrecido por Franco. Su idoneidad puede ser disfrutada como estudio específico de cada autor y como contribución al análisis de la producción autobiográfica hispanoamericana. Respecto a ello, el autor indica que la pertenencia al canon de los autores elegidos no impide que sus autobiografías se perciban aún hoy en los márgenes del conjunto de sus obras. Desde esta perspectiva el señalamiento de relaciones entre su escritura autobiográfica y su escritura de ficción alude a una organicidad estilística recurrentemente anotada –a veces denunciada– en cada caso, y enriquecedora del interés del estudio más allá de la circunstancia autobiográfica. Sin pretender determinar un esquema férreo de una supuesta retórica de la autobiografía hispanoamericana, Franco proporciona con gran acierto recurrencias y excepciones muy pertinentes para futuras aproximaciones al cada vez más fecundo desarrollo de esta modalidad de escritura en Hispanoamérica.

Jesús Gómez de Tejada
(Universidad de Sevilla, España)

Bueno, Mónica (ed.): *La novela argentina: experiencia y tradición*. Compilación, edición e introducción de Mónica Bueno. Prólogo de Ricardo Piglia. Buenos Aires: Corregidor 2012. 139 páginas.

La reflexión sobre los orígenes y las características de la novela argentina no ha sido exclusiva de los críticos literarios, sino que los propios escritores han opinado sobre el particular caso argentino y han especulado sobre sus orígenes –siguiendo la estela borgeana del ensayo “Kafka y sus precursores”–. El volumen colectivo editado por Mónica Bueno comienza con un prólogo de Ricardo Piglia en el que propone una investigación que tenga en cuenta las posiciones de los novelistas sobre el género. Seguidamente recuerda cuáles han sido las poéticas confrontadas de dos escritores sobre el origen de la novela hispanoamericana: por un lado, Alejo Carpentier con su defensa de lo real maravilloso como elemento definitorio del género, y, por otro, la teoría de Arguedas en la que prefigura la novela hispanoamericana como heredera de las tradiciones precolombinas. Piglia, sin embargo, abre otra vía que diferencia la historia de la novela argentina –Arlt, Marechal, Bioy Casares, Cortázar, Sábato...– de la del continente americano y del europeo. La historia del país le permite moverse fácilmente en varios espacios y podrá servirse tanto de la tradición hispanoamericana como de la occidental. Los límites no tienen sentido para esta historia literaria, y así se verá reflejado en la obra de los autores analizados en los diferentes artículos que componen este libro. El autor que origina la concepción de este estudio, al cual Piglia señala como el creador de la novela nueva, es Macedonio Fernández con *Museo de la Novela de la Eterna*, que “establece una relación directa con las grandes poéticas del género y define ahí la especificidad de la tradición” (11).

En la introducción, Mónica Bueno confirma la obra de Macedonio Fernández como punto de partida de una nueva tradición novelística en Argentina. Para observar la continuidad se fija el objetivo en el estudio de las categorías de discurso, sujeto y referencia en los trabajos de Ricardo Piglia, Juan José Saer, César Aira y Sergio Chejfec.

La organización del libro propone el análisis, en primer lugar, de la novela origen para, una vez justificada su elección, continuar con otros autores, bien por su cercanía a la obra de Macedonio, bien por la coincidencia en su búsqueda de nuevos discursos. Aparece, pues, Macedonio como iniciador de la nueva novela, seguido por Ricardo Piglia, uno de sus principales defensores como crítico y destacado continuador en sus ficciones. Se coloca en un punto central el estudio de la obra de Saer, que sirve como bisagra entre los escritores seleccionados. A continuación se sigue con un acercamiento al mundo de César Aira y se termina con el análisis de la obra de Sergio Chejfec, quien también ha manifestado que Saer y el propio Aira forman parte de sus influencias.

En “Experiencia y forma en *Museo de la Novela de la Eterna*”, Bueno cuestiona la elección del género de la novela para emprender el proyecto al que más tiempo dedicó Macedonio, y que se convirtió en su legado artístico. La crítica expone los fundamentos teóricos que permiten considerar el *Museo* como la novela fundacional de la historia del género en Argentina, recurriendo tanto a la filosofía como a la crítica literaria (Agamben, Schopenhauer, Lukács, Bajtin, Henry James, Heidegger...), lo que consigue desterrar la imagen de Macedonio como escritor anárquico, que fomentarían figuras tan relevantes como el propio Borges. También vincula el *Museo* con tradiciones anteriores, para mostrar la coincidencia entre la intención de Macedonio

y Dante: reencontrarse con el fantasma de su amada. Según Bueno, Macedonio busca dinamitar los conceptos tradicionales de la novela para recuperar una relación más real del hombre con el mundo. En el juego de dobles y sustituciones, el lector tiene que crear su propio sentido, y desde ese artefacto en que se transforma la novela percibir la vida de una manera más directa.

Tras el análisis de la obra de Macedonio, aparecen dos artículos sobre la obra del crítico y escritor Ricardo Piglia. El primero de ellos, “Ricardo Piglia y la máquina de ficción”, de M^a Antonia Pereira, prolonga el tema de la pérdida, esencial en la novela de Macedonio. Señala cómo gracias a la incorporación en el discurso de “versiones apócrifas” y de “confabulaciones estético-políticas” se asoma una nueva forma de narrar y el punto de vista de los vencidos. Apunta algunos elementos esenciales de la poética de Piglia: en el deseo de ser diferente, la novela desvía la mirada de la realidad hacia ella misma y se fija en las posibilidades de otros géneros como el ensayo, a la vez que muestra los diferentes códigos lingüísticos que aparecen en la novela. Este artículo sirve para confirmar a *La ciudad ausente* y a su autor como sucesor de la concepción del género defendida por Macedonio.

En el otro estudio, “*Plata quemada* en retrospectiva”, Jorge Fornet evidencia cómo los elementos clave para entender el corpus ficcional de Piglia empezaron a despuntar en su novela más atípica. La confusión genérica y la importancia del tren son algunos de esos elementos en los que el crítico cubano detiene su atención, al tiempo que subraya la estrategia de Piglia de ofrecer al lector claves en el paratexto: en el caso de *Plata quemada*, la publicación previa de “El final de un crimen” ofrecía un recorrido de lectura en el que se defendía la importancia del final para entender la obra.

El análisis de Graciela Ravetti “Juan José Saer: *La grande*. Comunidad, memoria e historia” muestra la propuesta de lectura de Saer: una estructura similar a la medieval de “ciclo”, donde la presencia de textos secundarios orbita alrededor del texto primario y cuyas filiaciones se deben a cuestiones como el estilo, el tema o el espacio. Esta estructura, según la crítica, permite volver al autor a recuperar historias, personajes y lugares para que los lectores sigan su proceso de lectura, que de nuevo el escritor propone desde la ficción.

En “César Aira. El punto de inicio”, Nancy Fernández muestra cuáles son las características de la singular poética de Aira: una narrativa en la que abundan las repeticiones y motivos como el viaje que ilustran el principio de *work in progress* presente en la obra del escritor. El discurso en Aira es el lugar donde se define el espíritu de la obra: la experimentación con los códigos que definen la diferencia entre lo elitista y lo popular de una tradición para asediar la realidad. Resulta interesante también la referencia que hace la autora a los trabajos de Montaldo y Louis, a partir de los cuales se establecen puntos de contacto entre la concepción literaria de Borges y Aira. Se rescata un artículo de Aira en la revista *Vigencia* para observar cómo el escritor elige su lugar en la ficción y en la crítica al seleccionar sus referentes: Puig y Saer frente a Piglia, al que también desplaza del espacio donde él quiere posicionarse.

El último estudio, “Sergio Chejfec: un estilo vagabundo y fuera de casa”, de Edgardo Berg, revela los inicios del escritor como crítico en el periódico *Tiempo argentino*, que lo definen como defensor de una literatura de vanguardia en la que los hermanos Lamborghini y Aira son los puntales. De nuevo encontramos la confirmación de las huellas de una poética que el autor expone fuera de sus ficciones.

Continuando con las afinidades, Berg señala una primera predilección hacia Saer a la que se añadirá después Aira. Berg sigue la idea de Sarlo y califica la actitud de Chejfec como la de un extranjero que desde un lugar alejado contempla la acción y se enfrenta a su lenguaje.

El volumen coordinado por Bueno demuestra, en suma, que los escritores analizados no solo logran posicionarse con sus ficciones en el campo literario, sino que sus singulares poéticas consiguen guiar a sus lectores en el itinerario de su obra.

Sonia Remiro Fondevilla
(Universidad de Zaragoza, España)

Juan Carlos Rodríguez: *Formas de leer a Borges (o las trampas de la lectura)*. Almería: Universidad de Almería (Ordo Academicus, nº 3) 2012. 184 páginas.

“¿Por qué un libro sobre Borges, o mejor dicho, sobre las *formas de leer* a Borges?” es la pregunta con la que Juan Carlos Rodríguez abre las “Notas para la lectura de este libro” (13); la respuesta —justificación del tema y propuesta de acceso— se *ensaya* a partir de Borges. “Todos somos lectores prejuiciosos” (13), ha planteado: si esto anuncia una teoría de la lectura, la figura de Borges lector / escritor será el *caso* (excepcional en términos concretos, paradigmático en términos argumentativos) que permite a Rodríguez desarrollarla. Otra cita, “Indagar la razón de cualquier juicio (o prejuicio) es la mejor manera de refutarlo” (15), instala el desafío que el autor retoma de Borges, cuando este replica a Nietzsche, quien a su vez arremete contra Dante. La lectura en contrapunto se ofrece ahora al lector como una invitación a continuarla. La cadena se abre generosa y, a la vez, contiene su propia finalidad. En efecto, para Rodríguez refutar / rehacer a partir de interrogar al texto (solo

posible desde un punto de vista histórico) es la razón de la lectura: la define, la justifica, porque la vuelca sobre la construcción ideológica y libidinal del yo, en la revisión de sus prejuicios y los de la cadena de lectores. Así, invitar a leer es mucho más que una convención: es una apuesta ética y es, formalmente, el principio que estructura el libro.

Precedido por estas “Notas...”, y antes por las “Breves notas a una larga trayectoria” que Mar Campos Fernández-Fígares escribe a propósito del autor, el cuerpo de *Formas de leer a Borges (o las trampas de la lectura)* se organiza en seis capítulos: “El envés de los enigmas”, “Antología personal sobre Borges”, “Sobre la narrativa de Borges”, “Borges: instante y eternidad”, “En resumen...” y “Epílogo: las trampas de la lectura”.

El primero presenta una contraposición. De un lado, los criterios instalados por la crítica para la confección del corpus: *poesía / prosa, cuentos (realistas / fantásticos) / ensayos* y, en perspectiva deconstructiva, *oralidad / escritura*. El problema mayor, advierte Rodríguez, es que dan por supuesta la conceptualización de los géneros que (según mostraría la selección resultante) habría abarcado Borges. Del otro, el autor recupera el corpus canónico para superarlo. Sitúa históricamente los textos en diálogo con distintos contextos: ediciones, debates intelectuales, conflictos políticos, etapas de la trayectoria del escritor (antes y después de ser consagrado, “descubierto” por Europa; antes y después de *El libro de arena*). Además agrega otros textos y las lecturas que su escritura supone. El mapa se organiza con “El espejo de los enigmas”, base del título del capítulo y cifra del principal enigma borgiano, que Rodríguez define como el problema de “no poder decir ‘yo soy’ más que a partir del reflejo [siniestro] del otro, del doble o del enemigo” (24). Por debajo, León Bloy (“Ningún hombre sabe

quién es”, ha dicho) recuperado por Borges para señalarle luego su contradicción: católico riguroso / continuador de los cabalistas judíos, “un hermano secreto de Swedenborg y de Blake” (25). Coleridge y Spinoza concentran pistas en la escritura borgiana. Del mismo modo, agregamos, Althusser, Freud y Borges se perfilan en *Formas de leer*. Simetrías y variantes marcan la relación entre lo que se lee y lo que se escribe: de allí, los géneros surgen no como prejuicios, sino como formas y problemas concretos, y como categorías: lo fantástico en clave siniestra; la filosofía como literatura; la literatura, “una cosa más agregada al mundo” —dice Borges— en la materialidad de su escritura —apunta Rodríguez (29)—. Y la crítica literaria de *Formas...*, agregamos, escritura ensayística cercana al estilo oral, vivo, del curso de doctorado que le dio origen. Estas líneas temáticas y estilísticas se despliegan en los otros capítulos.

“Antología personal sobre Borges” parte de la revisión del concepto de *antología*. El norte es doble: la puesta en teoría de la relación entre leer y escribir marcada ahora por “lo que queda” y “lo que se pierde” en la antología, y la confrontación de *Antología personal* y *Nueva antología personal*. Si antologar es en Rodríguez la marca de la experimentación personal sobre los textos borgianos, las antologías de Borges exhiben las huellas de su construcción como autor en las etapas de su trayectoria. Situarlas permite volver sobre los temas-problemas (finitud de la escritura / infinitud de la lectura, necesidad / libertad, universalidad / singularidad en la escritura) que Borges plantea no para resolverlos, remarca Rodríguez, sino para “corroerlos” (61): leer y escribir. En este terreno, la filosofía se define literaria.

El tercer capítulo, “Sobre la narrativa de Borges”, retoma la cuestión de las etapas de la escritura en relación con sus contextos: recortes políticos, debates —especial-

mente, el que gira en torno a la dicotomía centro / periferia-. Destacamos dos aspectos: 1) la claridad con la que Rodríguez exhibe el punto de vista europeo, desde el que obviamente *está obligado* a leer y desde el que apunta contra una serie de *falacias* de los contextos abordados; 2) el lugar que otorga al *ensayo* en un capítulo cuyo tema anunciado es la narrativa: como articulación, la objetivación del sujeto propuesta por Montaigne, desatendida en general en el siglo xx y recuperada por Borges en un *yo* fragmentado que busca no perderse en la contradicción que asume. Rodríguez advierte que en la narrativa (“El Zahir”, “Emma Zunz”, “El sur”, etc.) este sujeto encarna en héroes trágico-románticos. *Otras inquisiciones* permite regresar a los enigmas a través de las lecturas borgianas sobre Coleridge.

“Borges: instante y eternidad” revisa lecturas filosóficas. En cadena, Heidegger leyendo a Kant apunta a la condición de posibilidad de los juicios a priori, juicios sobre el mundo sin haberlo experimentado. A partir de allí, Rodríguez señala que “Borges representa la lectura prejuiciosa” (99) entre el Dios bíblico (que sí tiene juicios a priori de la experiencia del mundo ya que lo crea) y la ambivalencia que respecto de su posibilidad Shakespeare dramatiza en *Macbeth*. Desde esta perspectiva, el autor discute los modos de leer de la crítica tradicional y los que nos han enseñado. Uno de sus principales interlocutores es Harold Bloom. La relación entre oralidad y escritura, la demarcación fija de los géneros quedan *desautomatizadas*: se destaca el replanteo del realismo en la observación de su rechazo o aceptación de los juicios a priori. Con una serie de casos (desde Joyce a Rulfo) Rodríguez ejemplifica esa última variante. Allí ubica a Borges. Definido así el realismo, los textos antes sometidos a los supuestos de la crítica tradicional, ahora los refutan.

“En resumen...” y “Epílogo: las trampas de la lectura” recuperan el gesto didáctico del curso doctoral, primer suceso de la genealogía del libro. El primero vuelve a las obsesiones borgianas y recorre, sobre todo, la tradición literaria que Borges rehace con Lugones en lugar clave. El otro retoma con el ensayo / relato “Deutsches Requiem” (cuyo último párrafo abre con: “Miro mi cara en el espejo para saber quién soy”) la cuestión de las trampas de la lectura y se proyecta sobre el problema actual de la individuación: la negación del *yo* en la ideología hegemónica norteamericana.

Si refutar es la operación central, al leer a Borges para teorizar sobre la relación entre lectura y escritura, el autor ataca tanto a la crítica tradicional esencialista y moralista (y consecuentemente, a los modos de leer que el Estado ha enseñado a través de la escuela), como a los formatos de lectura y escritura propias del capitalismo globalizante, que atentan contra el *yo* en el vaciamiento del enunciado, la anulación de los enigmas y las contradicciones. La refutación no es solo una forma de leer, es una relación entre lectura y escritura. Dos obsesiones cruzan gran parte de la vasta producción de Rodríguez, como muestran *Teoría e historia de la producción ideológica* (1975) y “Lectura y educación literaria”, estudio preliminar a *Cómo nos enseñaron a leer* (2005) de Gabriel Núñez Ruiz y Mar Campos Fernández-Figares: la crítica y la enseñanza. Rodríguez, profesor catedrático de la Universidad de Granada, encarna los perfiles de *intelectual crítico* y *docente* (“el Maestro”, lo nombra Campos en sus “Breves notas...” [10], y el homenaje cierra con la presentación del libro: “*Formas de leer a Borges* es lo que [...] Rodríguez ha estado enseñando siempre” [11]); en esta clave es posible pensar su *forma de leer y escribir* afirmadas en su trayectoria. En la genealogía del libro la

oralidad del curso doctoral “Borges y...” cristaliza primero en *De qué hablamos cuando hablamos de literatura* (2002) y se rehace ahora a modo de *antología personal*: fragmentos en los que se construyen tanto el *caso Borges*, como el lector / escritor crítico que lo recrea.

Martina López Casanova
(Universidad Nacional de General
Sarmiento, Argentina)